

b.

V

EL MUSEO,

ADMINISTRACION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA TERTULIA DE CONFIANZA,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ORIGINAL SE

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe á beneficio del primer
actor cómico D. Mariano Fernández, en Enero de 1866.

MADRID.

IMPRENTA DE R. LABAJOS,
calle de la Cabeza, núm. 42.

1866.

FJOTA.F-45

0320M. 33

LA TERTULIA DE CONFIANZA.

T. 827089
R. 138631
CB. 3610868

F267A.F-45

LA TERTULIA DE CONFIANZA,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe á beneficio del primer
actor cómico D. Mariano Fernández, en Enero de 1866.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ, CALVARIO, 18.
1866.

PERSONAJES.

ACTORES.

AMPARO.....	D. ^a JOSEFA HUJOSA.
MARIA.....	JAVIERA ESPEJO.
DOÑA INÉS.....	BALBINA VALVERDE.
RAMONA.....	MATILDE SERRANO.
DON MIGUEL.....	D. MARIANO FERNANDEZ.
PABLO.....	ANTONIO ZAMORA.
MANOLITO.....	RICARDO MORALES.

A MARIANO FERNANDEZ.

Un juguete pensado en dos horas, escrito en tres noches y hecho de *encargo*, como una visita, no puede tener mas valor que el que los actores y el público quieran darle.

Pero á bien que V. suple con su talento la falta del mio, y que mientras la política hace llorar á las musas, V. sabe hacer reír á las masas.

Aqui tiene V. una casi-comedia que no vale nada y que al mismo tiempo vale mucho.

¡Cosas del mundo! mejor dicho: cosas del arte.

Mi mayor gloria consiste en decir al «segundo Guzman» para V. todo, para mí nada.

Comedia de *para V.*, como las cajetillas del café Suizo.

En cuanto á los demás actores que han tomado parte en la representacion, excuso decir cómo han estado. *Bravi tutti!*

Un millon de gracias á todos de parte de este caballero particular que tanto les quiere, y abur, que me vuelvo al catre.

Esas b'is.

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traducción, de impresión y de representación en el extranjero, según los tratados vigentes.

Los correspondientes de D. Francisco Rubio, dueño de la Administración general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representación en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

✓
~~ACTO PRIMERO.~~

Sala decentemente amueblada. A la derecha puerta y balcón, y entre una y otro un manecordio. A la izquierda dos puertas y otra en el foro. En medio de la escena una mesa de camilla con labores. Al levantarse el telon, don Miguel y doña Inés aparecen disputando calorosamente cerca de una de las puertas de la izquierda. Amparo estará sentada leyendo con mucha afición una novela. María está asomada al balcón, haciendo señas con los dedos a una persona que se supone en la calle.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS, D. MIGUEL, AMPARO, MARÍA.

INÉS. Miguel, eres incapaz!
MIGUEL. Mira como hablas, Inés!
que en cuanto sueltas la lengua
no te sabes contener.
MARÍA. (Mirando á la calle.) Torpe! no entiende palabra.
AMPARO. (Leyendo.) Van á matar al marqués!
qué lastima!
INÉS. Tú me pones
en este caso, y no sé
cómo á veces no me excede.
MIGUEL. Pues te sueles exceder.

Me estais dejando por pueras.
INÉS. ¡No me atropelles!
MIGUEL. Inés!
INÉS. Hombre, escúchame si quieres.
MIGUEL. Ay, Jesus!
INÉS. Escuchamé.
Por qué no quieres que demos
un té dansantí di, por qué?
MIGUEL. Porque no tengo dinero.
INÉS. Y eso qué tiene que ver?
MIGUEL. Friolera!
INÉS. Todo el gasto
se ha de reducir á tres
ó cuatro ó cinco mil reales.
MIGUEL. Digo! Figúrese usted,
no tenemos para pan
y tendremos para té.
Hazme el favor de callarte.
AMPARO. Capítulo veintiseis: (Leyendo.)
«De cómo había un verdugo
que no comía bistek.»
MIGUEL. Inés, no me comprometas.
INÉS. Eres incapaz, Miguel!
MIGUEL. Estoy cesante hace un año,
no tengo un céntimo.
INÉS. Y qué?
MIGUEL. Nada, que no tengo un céntimo,
y fuera una estupidez...
INÉS. Pero eres hombre de empeño.
MIGUEL. ¡De empeño? Sí, puede ser;
ayer empeñé el gabán!
INÉS. Qué falta de sensatez.
No comprendes tus deberes?
MIGUEL. Lo que es en punto á deber
no hay ya quien pueda conmigo.
INÉS. Eres un torpe, Miguel.
No ves que trayendo á casa
nuestras relaciones...
MIGUEL. ¿Qué?
INÉS. Se va tomando importancia.
MIGUEL. No; lo que se toma es té.
INÉS. Convéncte, á nuestras niñas

les conviene darse á ver,
y á mi tambien me conviene.
MIGUEL. Cómo á tí?
INÉS. Pues ya se vé,
Una señora que vive
en la calle del Clavel,
que ha sido administradora
de correos en Jerez,
mayora de dos presidios,
sobrina de un coronel
y prima de tres marqueses,
no se debe retrair.
Yo necesito espaciarme.
Bueno, bueno, espaciaté!
cuando vengan con la cuenta...
INÉS. Se marcharán otra vez.
MIGUEL. Y á mi me sucederá
lo mismo que antes de ayer,
que estando muy sosegado
y tranquilo en el café,
llegóse á mi maestro sastre,
quiso quitarme el *chaquet*
y de un golpe me metió
el sombrero hasta la nuez.
INÉS. Si tú te hubieras plantado...
MIGUEL. ¡Y vaya si me planté!
Me quedé como una estatua
arrimado á la pared!
Inés, esta casa va...
INÉS. Esta casa va muy bien.
MIGUEL. Pues no quiero que á mi casa
vengan lleres.
INÉS. ¿Por qué?
MIGUEL. Y no me gusta el camino
que llevais todos, Inés.
Tú no piensas mas que en darte
polvos de arroz y, cold-crem,
en darme á mí que pensar
y en dar al diablo que hacer.
Amparito, en leer novelas
en español y en francés,
en comprarse redecillas

y en preparar otra red.
María, ya lo estás viendo,
solo piensa en merecer,
en estar tras la vidriera
esperando no sé qué,
en destrozar la *Traviata*
y en cantar *Guillermo Tell*.
Aquí todo el mundo piensa
en lo que no debe; pues!
en gastar mas que se puede,
en murmurar y en comer,
y entre lo mucho que debo
y entre vuestra mala fá
y el gobierno que me olvida
y tanto y tanto belén,
me estás poniendo en el caso
de hacer lo que yo me sé.
Y como esto dure mucho
estoy decidido, Inés,
me voy un dia al canal
despues de pensarlo bien...
y echo al agua un par de amigos
para acabar de una vez.

Inés.

Incapaz!

Miguel.

Calla, Lucrecia!

Inés.

No me insultes!

Miguel.

Calla, Inés!

Inés.

No quiero verte!

Miguel.

Ni yo!

Inés.

Abur! (Váse.)

Miguel.

Me voy al café! (Váse.)

ESCENA II.

Amparo, María.

María. ¡Va á venir!

Amparo. Ay, entre todos

no me dejareis leer.

María. Vaya, que con la lectura

estás pesada.

Amparo. Estaré,

pero no seré ignorante
como tú.

María. Tanto leer...

Amparo. Es muy bonito. Ahora estoy
leyendo cuando el marqués
echa sangre por la boca.

María. A Panticosa con él!

Amparo. Necia!

María. Escucha lo que importa:
le he visto pasar.

Amparo. Á quién?

María. Á Pablo!

Amparo. Pablo! qué nombre!

María. Pues mira tú que ~~Miguel~~ *Manuel!*
nombre de aguador.

Amparo. María!

María. Y en verdad que yo no sé
cómo puedes tolerar
á Manolito, mujer.
Si parece una cerilla
de Cascante.

Amparo. Cállate.

María. Diciendo unas tonterías...

Amparo. María!

María. Hablando en francés;
á mí me gustan los hombres
completos.

Amparo. Y él no lo es?

María. Me gusta un hombre con barbas
que no fume de papel,
que no gaste bandolina,
que hable poco, pero bien,
que sepa dar un guantazo
á tiempo, si es menester;
en fin, Pablo.

Amparo. Un subteniente.

María. Un guerrero.

Amparo. Ya se vé.

María. En Africa una mañana
luchó contra veintitres,
y dejó el campo sembrado
de cadáveres!

AMPARO. Si eh?
Y todo con un valor?...
MARIA. No, con un sable.
AMPARO. Bien, bien.
Celebro verte feliz.
No te envidio.
MARIA. Y á mi, qué?
AMPARO. Manolito es un modelo
de...
MARIA. Pero vamos á ver.
Sepamos á qué atenernos,
Amparito, explícate.
Á ti te quiere ese hombre?
AMPARO. Ay, Maria! No lo sé.
MARIA. Pues cómo!
AMPARO. No me lo ha dicho.
MARIA. Digo, figúrese usted,
y hace año y medio que viene
desde las doce á las tres
todos los días...
AMPARO. En eso
creo que dices muy bien.
Hija, yo no he visto un hombre
en el mundo como aquel:
llega, se sienta á mi lado;
—«Felices: cómo está usted?»
—Gracias, y usted? «Yo tal cual.»
—Está usted malo tal vez?
«Hace ya dos ó tres días
que siento una languidez!...
¡Ay, Amparo! ¡Qué sucede?
—«Ay! ay! ay!» y suelta tres
ó cuatro ó cinco suspiros
que hacen temblar la pared.
MARIA. Pues un hombre así fastidia.
AMPARO. Hija, no lo sabes bien.
Á veces me pasan ganas
de decir: ¡previente usted!
que se me sigue perjuicio
y no hay tiempo que perder.
MARIA. No hay como los militares
para esas cosas.

AMPARO. Lo sé;
á mí me quiso un teniente
hace dos años ó tres,
y era el hombre más audaz
que se haya podido ver.
El primer dia me dijo...
«yo me muero por usted»
el segundo me apeó
el tratamiento.
MARIA. Muy bien.
AMPARO. El tercero me cogía
la mano.
MARIA. Así debe ser.
AMPARO. El cuarto, me la besó.
MARIA. ¡Vá!
AMPARO. Y el quinto...
MARIA. Acaba, qué?
AMPARO. Hija mia, sin decirme
siquiera, á los pies de usted,
se me largó á Filipinas
y ya no le he vuelto á ver.

ESCENA III.

DICAS, RAMONA.

RAM. Aquí estoy yo!
AMPARO. Lo celebro.
MARIA. Ramona!
RAM. Todo está ya
conseguido.
MARIA. Cuenta, cuenta.
RAM. Déjenme ustedes hablar,
he visto á don Pablo ahora.
MARIA. Me traes una carta?
RAM. Cá!
traigo noticias muy graves.
MARIA. Está enfermo?
RAM. Qué ha de estar?
MARIA. Está bueno y va á venir.
RAM. Hablas de veras?
MARIA. Cabal.

AMPARO. Conoce á don Manolito.
RAM. Se conocen!
RAM. Claro está!
MARIA. El amor hace diabluras.
MARIA. Tiene razon.
AMPARO. Es verdad.
RAM. Voy á referirlo todo.
Estaba yo poco ha
de palique con mi novio
arrimadita á un portal...
y por cierto que el muy perro
me está dando que pensar;
¿cómo querrá usted creer
que me la quiere pegar
con una prendera chata,
tan solo porque la tal
le pega bien los botones
del uniforme!
MARIA. Habla ya!
RAM. Si ya me lo tiene dicho
mi prima la Soledad;
vete con los militares
y ya verás, ya verás!
AMPARO. Tambien tu novio es guerrero?
RAM. Si señora.
MARIA. Acabarás?
RAM. Es músico; toca el fígle;
pero él tiene dignidad,
como cualquiera.
MARIA. Ramona,
no acabas?
RAM. Voy á acabar.
Pues como digo, yo estaba
á la entrada del portal
con mi amor, justé me entiende?
y á poco viunos pasar
á un oficial, y mi Paco
(pues! saludó al oficial,
porque, amigo, la ordenanza
se debe de respetar,
y al fin y al cabo, el que sirve...
MARIA. Por la Virgen del Pilar,

RAM. hazme el favor de decirme...
Si no me deja usté hablar!
Yo le eché la vista encima
al subteniente, y sin mas
ví de que era don Pablito,
y como yo estaba ya
prevenida pa entrégarme
de la carta que me da
todos los dias pa usté,
dije entonces, pues *velay*
que es don Pablo, y él entonces
me dijo: «volo va san,
pues si eres tú, Ramoneilla!»
y yo dije: «claro está!»
Y me dijo muy contento,
hoy no hay carta que llevar;
y dile á tu señorita
que esta noche iré yo allá,
que me llevará á su lado
don Manuel de Salazar,
que es amigo y me ha contado
que todas las noches va...
De modo, que muy pronto
le podrá usted abrazar.
Abrazar?
Digo, pa el caso
todo viene á ser igual.
MARIA. Qué cosas tienes!
RAM. Caramba!
pues no estaría demás.
AMPARO. Y Manolito?
RAM. Ese creo
que ha de venir.
MARIA. Si, vendrá.
RAM. Adelante, señoritas,
la cosa es aprovechar
el tiempo; pues ya lo creo.
¿Á qué está una? Á pescar
lo que se pueda. Buen ánimo,
adelante, ello dirá!

ESCENA IV.

DICHOS, D. MIGUEL.

MIGUEL. No hay un alma en los cafés,
la cosa se pone mal;
ya lo creí si con esta
condenada enfermedad
hay una *escama* terrible.
Échese usted á buscar
dinero por esas calles;
picara calamidad!
Hola, niñas!

AMPARO. Papaito!

MARIA. Muy buenas tardes, papá;
cómo vuelve usted tan pronto?

MIGUEL. Si traigo un miedo cerval!
hoy se han muerto ciento trece,
me lo ha dicho el sacristán
de San Ginés, con que digo!
¡es una ferocidad!
á este paso...

AMPARO. ¡Qué fastidio!...

MIGUEL. Os acordáis de don Juan
el padre de Balbinita,
que estaba en la sociedad
de crédito. «*La Castaña?*»
pues hoy le han ido á llevar
al cementerio.

AMPARO. De veras?

MIGUEL. Vaya! á la sacramental.

MARIA. Hablemos de otros asuntos.

RAM. (Ahora le van á atacar
el bolsillo.)

AMPARO. Papaito,
ya sabes que el jueves dan
un baile en casa de un jefe
de sanidad militar.

MIGUEL. Conque un baile, qué bonito!

MARIA. Nos han venido á invitar

y tú tendrás que llevarnos.

MIGUEL. Yo no sé mis días.

MARIA. Lo harás
porque yo te lo suplico.

AMPARO. Y yo.

MIGUEL. No quiero; callad.

MARIA. Yo necesito un vestido.

AMPARO. Y yo necesito un boá!

MARIA. Y yo una levita nueva.

AMPARO. Y yo un abrigo, papá.

MIGUEL. Y yo un demonio que cargue
con todas vosotras!

MARIA. Bah!

No quieres ser complaciente?

MIGUEL. Hazme el favor de callar.

MARIA. Yo quiero un vestido de aguas.

AMPARO. Yo necesito otro igual.
Miguel De aguas, eh? pues meted esas
en la jofaina y ya están
servibles.

AMPARO. ¡No me incomodes.

MARIA. Llévame al baile, papá,
que he prometido una danza.

AMPARO. Y yo he prometido un wals.

MARIA. Y es preciso que no digan
que no nos quieres llevar.

AMPARO. Y van las del cuarto cuarto.

MARIA. Y las señoritas de Sauz.

AMPARO. Y el director de telégrafos.

MARIA. Y un redactor del *Gil Blas*.

AMPARO. Y yo he de cantar un duo
con un promotor fiscal.

MARIA. Y yo...

MIGUEL. Basta, ó me sublevo.
Largo de aquí.

RAM. (Bueno va.)

MIGUEL. Fuera! Que estoy en el caso
de hacer una atrocidad!

MARIA. (A Ramón.) Qué lástima! (Avisame
cuando venga.)

AMPARO. Adios, papá!
me has puesto triste.

MIGUEL.

Me alegró!
Qué casa de Barrabás!
me dejarán sin camisa
un día. (Sueña la campanilla.)
(A Ramona.) No oyes llamar?
Me voy á poner la bata.
Si viene alguno, avisad. (Ramona va á salir.)

ESCENA V.

PABLO, MANOLITO, RAMONA.

MAN.

No están?

RAM.

Si señor, están.
Creo que pronto saldrán.
Les paso aviso?

PABLO.

Preciso.
Pues voy á pasar aviso,
y en seguidita vendrán.

ESCENA VI.

PABLO, MANOLITO.

PABLO.

Conque esta es la casa?

MAN.

Sí.

Ya lograste tu capricho.

Cumplo lo que te ofrecí.

PABLO.

Pero, hombre, no haberme dicho
que tú venías aquí!

Si me hubieras avisado

hace un mes, me hubiese ahorrado
varias cartas, mas de tres,
porque, chico, llevo un mes
de escribir mas que el Tostado.

Aquí reina la llaneza,
según me has dicho?

MAN.

Conforme
y segun...

PABLO.

Tengo certeza.
Me he tomado la franqueza

MAN.

de venirme de uniforme.

Ya ves... te traigo á esta hora,
sin cumplidos.

PABLO.

Me encocora
la farsa de los safones.

MAN.

Te advierto que la señora
tiene muchas pretensiones.

PABLO.

Comprendo, esta es una casa
de confianza.

MAN.

Guason!

PABLO.

No se va á armar poca guasa!

MAN.

Aquí, chico, todo pasa;

PABLO.

esto es un... un *demi-mond*.

MAN.

Verás, gente más sencilla

PABLO.

no hay en el mundo!

MAN.

Si, eh?

PABLO.

podré hablar con la chiquilla?

MAN.

Pues ya lo creo! Hay camilla.

PABLO.

Perfectamente.

MAN.

Y quinqué.

PABLO.

Tertulia franca!

MAN.

Y completa.

PABLO.

Magnífico! Gozaré.

MAN.

Papá lee la Gaceta;

PABLO.

las niñas hacen crochet.

MAN.

Bravo!

PABLO.

Y la mamá, calceta.

MAN.

Conozco el tipo, por Dios:

PABLO.

hará como un año ó dos

MAN.

íbamos á la tertulia

PABLO.

de una cierta doña Julia,

MAN.

que tenía mucha tos...

PABLO.

Burlon, cómo te despachas!...

MAN.

Yo les tenía las hebras

PABLO.

del hilo á varias muchachas;

MAN.

iban allí algunas fachas!...

PABLO.

se armaban unas culebras!...

MAN.

Un don Mariano muy vano

PABLO.

tocaba muy bien el piano;

MAN.

y mientras tanto él tocaba,

PABLO.

con todo el mundo bailaba

MAN.

la mujer de don Mariano.

Qué belenes! yo no sé
lo que aquel año gocé,
me divertí á troche y moche.
Hombre, qué mas? una noche
se nos apagó el quinqué!

MAX. Eso es divino, divino!
Aquí no hay tanto belen,
y hay que andarse con mas timo.
Amaremos por lo fino
y lo pasaremos bien.

PABLO. Gran casa, por vida mia.

MAX. Tú vienes aquí resuelto
á enamorar á Maria,
con buen fin...

PABLO. Qué tontería!
No sabes lo del *buey suelto*...

Tú amas á alguien?

MAX. Pues es claro.
Á la otra hermanita, á Amparo.

PABLO. Ya, comprendo, señorito;
el nombre es un poco raro.

MAX. Es un nombre *finu*y honito.

PABLO. Pero te has vuelto valiente?
Recuerdo perfectamente
que tú y nuestro amigo Eugenio
erais tan cortos de genio
que se os burlaba la gente.

MAX. Eso será algun *cavard*.

PABLO. Vamos, no hay que disculpar
tus faltas con tal cinismo.

MAX. Pues bien, siempre soy el mismo,
no lo puedo remediar.

PABLO. Creo que esto no es desdoro.

MAX. De verte así me encocoro.

PABLO. Yo que me atrevo á poner
dos banderillas á un toro,
tiembla junto á una mujer.

MAX. Ya sabes tú quién soy yo,
que tengo una *efronterie*
y un *sans fapon*...

PABLO. No que no.
MAX. Pues con ellas, se acabó,

me pongo fuera de mí.
Hay veces que ruboroso
oigo que se me declaran
y esto me pone nervioso;
la duquesa de Bascáran
me ha dicho que soy preciosof!
Esto que te digo es cierto;
una noche en un concierto
oi decir con cariño:
“que me acerquen ese niño,”
y yo quieto como un muerto.
Y en esto, chico, no hay duda,
ó es que lo que valgo sé
ó que mi pudor me escuda.
Un dia me desmayé

porque me miró una viuda!
Cuando en Amparo reparo
una mirada en que avaro
leo que vive por mí,
me sumo en la *reverie*
y estoy mudo con Amparo.
Esto es una enfermedad,
es una calamidad,
no hay medio que yo no intente,
soy la víctima inocente
de mi sensibilidad.
Paso unas noches terribles,
epouvantables, horribles:
¡ay! de la prosa en el fango
para las almas sensibles
este mundo...

PABLO. ¡Es un fandango!
Grima me da verte así,
y no respondo de ti.

MAX. Yo en viendo unas faldas, trino.
PABLO. Eso me gusta, divino!
MAX. ¿Por qué no aprendes de mí?
PABLO. La mujer es caprichosa,
hay que saberla tratar
de una manera graciosa,
y en cogiéndola, charkar
y charlar, esta es la cosa.

MAN. Tú eres un poco *efronte*.
PABLO. Lo que tú quieras seré,
pero á mí no hay quien me atrape;
y la que á mí se me escape
ya te aseguro yo que...
MAN. Tanto descaro me agobia;
tú no reparas en nada.
PABLO. Tuve una vez una novia
en la calle de Segovia,
cerca de Puerta Cerrada.
Inés se llamaba; y es
tan cierto como el decálogo
que *me idolatraba* Inés,
y hacia yo el veintitres
en su ameroso catálogo!
Me juró que me adoraba
con amantísimo afán,
y mientras yo la espababa...
se fué con un capitán
de húsares de Calatrava.
Lo sentí, Dios es testigo,
mas dije, basta con una,
y hoy á toditas les digo
amores, pero conmigo
no se divierte ninguna.
Hoy ya no acudo al reclamo,
ya no fio ni en el lloro,
ni en el turbado *te amo*,
y si me dicen *te adoro*
lo creo; pero me escamo.
No me lances un reproche,
yo he amado á troche y moche
blancas, morenas y rubias,
desde la que arrastra coche
hasta la que vende alubias.
Incitantes, cariñosas,
deslumbrantes, hechiceras,
de amor y placer ansiosas
eran todas tan hermosas...
pero chico, qué embusteras!...
Por eso en mis varios gustos
no me han de dar muchos sustos

blancas, rubias y morenas;
ellas me matau á penas
y yo las mato á disgustos.
Resisto á cualquier embate,
juega sin pena el albur,
luchan, acepto el combate,
me faltan, lio el petate,
me he divertido, y abur!
Hablas con mucha pasión,
Pablo; si bien lo reparas,
siempre hay alguna excepción.
Pero chico, son tan raras!...
chico, qué raras que son!

1/2 Oscuro

ESCENA VII.

PABLO, MANUEL, MARÍA, AMPARO.

MARÍA. Ay!
PABLO. Oh placer sin igual!
al fin me veo á tu lado.
Señorita... (Soltando á Amparo.)
AMPARO. Caballero...
MAN. Muy buenas tardes, Amparo.
Estoy á los pies de usted.
AMPARO. Adios, Manolito.
PABLO. Vamos!
(Como disputando con María.)
MAN. Le traigo á usted los dos tomos
de la novela...
AMPARO. Hoy acabo
de leer aquella otra.
MAN. De modo que yo he logrado
llegar á tiempo...
AMPARO. Mas vale
eso que rondar un año,
según el refran...
MAN. Por eso...
PABLO. (Ya estoy un poco apurado.)
No me digas esas cosas (á María.)
que me voy á poner malo.

MARIA. Me quieres?
PABLO. Que si te quiero!
Pues no lo sabes?
MARIA. Ingrato!
AMPARO. Cómo se titula ésta? (A Manuel.)
MAN. Tiene un título muy vago.
AMPARO. «Treinta y dos generaciones
de campueros.»
PABLO. Canario!
(Oyéndole y volviéndose.)
estamos seguros, chicos?
MARIA. Oye. (A Pablo.)
PABLO. Te oigo.
MARIA. Eres muy malo.
Sé que te ha escrito una novia
que tenías en el Pardo.
PABLO. A mí?
MARIA. Si señor, á ti.
PABLO. No tal.
MARIA. Se llama Milagros,
y es prima de una muchacha
amiga mia.
PABLO. Ya, vamos!
Milagritos, una chica
que tiene el pelo castaño,
hija de un señor muy gordo
que lleva un gabán muy largo...
MARIA. Sí.
PABLO. Ya sé quien es, mujer.
MARIA. Te ha escrito una carta.
PABLO. Hablando
con franqueza, no es verdad,
me ha escrito dos.
MARIA. Pues me enfado,
porque eso quiere decir
que te han quedado resabios.
MAN. Está usted hoy *fashionable*,
está usted preciosa, Amparo.
AMPARO. Muchas gracias.
MAN. (Ay, Dios mío;
si le habrá sabido malo!)
AMPARO. (Ahora me lo va á decir.)

MAN. Dispense usted si he osado...
AMPARO. Si yo tengo mucho gusto...
MAN. Me da usted permiso, Amparo,
para decirle una cosa?
AMPARO. Si señor. (Al fin y al cabo
lo dice.)
MAN. Pues... sabe usted... (Pausa.)
que hoy ha habido treinta casos!
AMPARO. Hombre, me alegra en el alma.
(Aunque te hubiese tocado...
Jesus, qué posma de hombre!)
MAN. (Está visto, soy un zángano,
no me atrevo.)
PABLO. Si tú sabes (A María.)
que te quiero y te idolatro
y que tu amor es mi vida,
y que no sé lo que hago
desde que este amor inunda
mi pecho con fuego santo!
Ayer, por pensar en tí
le dije en la guardia á un cabo:
«Gonzalez, eres divino!»
De veras?
PABLO. Lo que yo pasó...
No duermo ninguna noche,
y me levanto temprano,
y cuando tú no me escribes
ó hablarte no he logrado,
la pego con mi asistente,
y le atizo cada palo...
ayer le tiré una bota,
que si te doy bien lo parto.
Así quiero que me quieras.
MAN. Así quiero que me quieras.
PABLO. Tienes un pie, y una mano...
AMPARITO...
PABLO. (Algo se pesca.)
(Besando la mano á María.)
Preciosa!
Maria — (Este hombre es un grano!)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA INÉS.

INÉS. Señores...
MARÍA. Chito! Mamá. (A Pablo.)
MAN. Señora...
PABLO. Preséntame.
MAN. Me tomo la libertad...
INÉS. Ah! (Viendo á Pablo.)
MAN. De presentarle á usted
á don Pablo de Romero.
PABLO. Señora, tengo el placer...
MAN. Uno de nuestros primeros
subtenientes.
INÉS. Yo no sé
cómo expresar la alegría
que me causa...
PABLO. Á mi tambien.
(Se parece á una patrona
que tuve yo en Sabadell.)
INÉS. Tomen ustedes asiento.
PABLO. Mil gracias, estamos bien.
INÉS. Ya sahe este caballero
que aquí no hay cumplidos, eh?
Á mí me seduce mucho
la franqueza, puede usted
considerar esta casa
como suya.
PABLO. Si lo haré
ya que usted es tan amable,
señora.
INÉS. (Qué fino es!)
RAMONAL. (Ramonas ^{entre}.)
Acerca esa mesa.
RAM. Voy allá!
INÉS. Y trae el quinqué.
Quiero darle á usté una prueba
desde la primera vez
que le veo, de que aquí
nunca le hemos de ofender,

haciéndole la visita
como á cualquiera.

PABLO. Eso es.
Ya ve usted, yo me presento
cuando empieza á anochecer
y vestido de uniforme.
INÉS. Es claro, así debe ser.
MARÍA. Eso le gusta á mamá. (A Pablo.)
(Háblale mucho.)
PABLO. (Lo haré.
Verás como la ponemos
de nuestra parte.)
INÉS. Y usted? (A Manolito.)
MAN. Yo, señora, siempre ansiendo
saludarla.
RAM. (Qué tal, eh? A María.)
MARÍA. Mira tú cómo se arregla
con mi mamá!
RAM. Puede ser!
MARÍA. Sabe mucho!
RAM. Caracoles!
MAN. Estoy un poco faché.
RAM. (Si vendrá por la señora (Mirando á Pablo.)
y yo no lo eché de ver!..
Ay, qué tuno!)
INÉS. Vamos, niñas,
á la lahor.
PABLO. Es usted
incomparable, señora.
INÉS. Gracias, Pablo. (Yo no sé
qué pensar...)
PABLO. (Me habla de un modo
tan expresivo!... un doncel
como este, me convenia.)
PABLO. Con el permiso de usted
me voy á quitar el sable.
INÉS. Sentémonos.
PABLO. Si, pardiez.
(Se sientan alrededor de la camilla. Doña Inés entre
Amparo y María; al lado de esta Pablo, y al lado de
aquella Manolito.)
AMPARO. Téngame usté esta madeja. (A Manuel.)

Blaro

MAN. *Avec plaisir!*

ESCENA IX.

DICHOS, D. MIGUEL.

MIGUEL. Ejem! ejem!
Señores, muy buenas noches.
(Pablo va á levantarse.)

INÉS. No, no se moleste usted;
es mi marido.

PABLO. (Caramba,
qué desgraciadillo es.)

INÉS. Miguel, este caballero...

MIGUEL. Ah! celebro...

PABLO. Soy de usted...

INÉS. Nos ha sido presentado
por nuestro amigo Manuel.

MIGUEL. Me alegra mucho.

PABLO. Mil gracias.

MIGUEL. (Las cosas de mi mujer!
Siempre recibiendo gente!)
Con el permiso de usted,
voy á leer.

INÉS. Es costumbre
que tenemos.

PABLO. Y hacen bien.

(D. Miguel se sienta entre doña Inés y María.)

MIGUEL. (Lee.) «La enfermedad dominante
se ha recrudecido ayer.»

MARÍA. Pues yo no tengo aprensión.

MIGUEL. ¡Calla!

PABLO. (A María.) (Qué mimoso es
tu papá.)

AMPARO. Decía usted algo? (A Manuel.)

MAN. Ay, Amparo!

MIGUEL. A ver, a ver...

(Lee.) «En Sab Millan treinta casos,
en San Luis ochenta y seis,
han sido atacados ciento:
han muerto cuarenta y tres.»
Esto se pone muy malo.

INÉS. No temas, tomando té...

MIGUEL. (El té es el dies de mi esposa!
Cuidado con mi mujer!...)

MARÍA. (Me quieres?) (A Pablo.)

PABLO. (Mas que á mi vida.)

MIGUEL. Caramba, muchacha! (A María.)

MARÍA. (Me quieres?) (A Pablo.)

MIGUEL. Que me has dado un pisotón!

MARÍA. Yo no, papá.

PABLO. (Cállate. (A María bajo))
que he sido yo.

MARÍA. (Me quieres?) (A Pablo.)

PABLO. Si, yo, que me equivoqué.

MAN. Ay, Amparito!

AMPARO. (Este niño
es un caso.)

RAM. Escuche usted. (A D. Miguel.)

MIGUEL. Qué quieres?

RAM. (Tenga usted ojo!)

PABLO. Hola, un piano, toca usted?...

INÉS. Alguna noche se baila.

PABLO. Pues bailemos.

MAN. Eso es.

MARÍA. Si, si, bailemos, bailemos.

Yo ya no hago más crochet.

AMPARO. Así se le olvida á uno
la epidemia.

PABLO. Dice bien.

RAM. (Hay moritos en la costa.) (A D. Miguel.)

MIGUEL. Cuerno!

INÉS. Qué es eso, Miguel?

RAM. (El militar es muy largo (ta.)
y todo pudiera ser...)

MIGUEL. (Le voy á saltar un diente.)

INÉS. Quita esa mesa. (A Ramona.)

MARÍA. Ay, qué bien!

(Mamita, qué buena eres!)

PABLO. Bailarás contigo?

MARÍA. Pues!

Antes baila con mamá,
no se enfade.

PABLO. (Ay, qué belén!)

Tambien baila esta señora?
No me queda mas que ver.)
MAN. Pablo, toca una habanera.
MIGUEL. (Estoy hecho un Lucifer.)
INÉS. (No te pongas incapaz.) (A Miguel.)
AMPARO. Ay, Pablito, toque usted
esa habanera.
PABLO. Por Dios...
INÉS. Vamos!
PABLO. Si es que no la sé
mas que con un dedo.
MIGUEL. (Cinco
te voy yo á plantar ó diez.)
INÉS. Amparito, toca un poco.
MAN. Yo le volveré el papel.
AMPARO. (Ea, siempre he de ser yo
la que se fastidie.) (Se sienta al piano.)
INÉS. Quél!
MAN. Toque usted la fantasía
sobre los motivos de...
MIGUEL. (Sobre los motivos míos!)
PABLO. Señora, permítame usted...
(Invitándola á bailar.)
MIGUEL. (Como bailes, doy un trueno.)
INÉS. Pues si señor, bailaré.
La señora de la casa
ha de ser amable.
MIGUEL. Pues!
Pero no tanto ni á costa
de los demás.)
MAN. Venga usted. (A María.)
Vamos á bailar un poco.
MARÍA. Tan solo esta danza.
(Amparo comienza á tocar una danza.)
MAN. Bien.
MIGUEL. (Sí! pues rabia, condenada,
que ahora te voy á poner
en ridículo.) ¡Ramona!
RAM. Manda usted algo?
MIGUEL. Si, ven.
Vamos á bailar los dos.
RAM. Pero, señor...

MIGUEL. (Cállate.
Si no bailas, te despido.)
RAM. ¡Adelante! (Bailan todos.)
INÉS. ¡Ay, qué Miguel!
PABLO. (Cómo pesa esta señora!)
INÉS. Ay, Pablito!
MARÍA. Va muy bien.
RAM. Mas deprisa, señor!
MIGUEL. ¡Estoy hecho un Lucifer! (cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, AMPARO.

MARIA. ¡Estás levantada ya?
¡Qué madrugadora, hija!

AMPARO. No he dormido casi nada.

MARIA. Pues yo me acosté rendida.
¡Qué bailar!

AMPARO. Fuiste dichosa?

MARIA. ¡Muchísimo!

AMPARO. Picarilla!

MARIA. Pablo estuvo tan galante!
Me dijo que me quería,
me llamó Aspasia y Calipso
y otras cosas muy bonitas;
me prometió idolatrarme
sin cesar, toda la vida;
en fin, nos dijimos cosas...

AMPARO. Qué?

MARIA. Que no son para dichas.

AMPARO. Ay, María, tú lo entiendes;

ay, tú lo entiendes, María.
Yo estoy frita con Manuel;
si, te, lo juro, estoy frita;
qué manía de callarse,
válgame Dios qué manía...

MARÍA. ¿No rompe?

AMPARO. Que ha de romper!
Te acuerdas cuando me hacías
señas y me preguntabas
qué es lo que Manuel decía?

MARÍA. Sí, le vi tan animado
que pensó...

AMPARO. Pues... no te rías.
Me estaba enseñando el modo
de poner dos banderillas.

MARÍA. Qué poco Pablo se apura,
ni se para en tonterías;
qué bien trastea el asunto,
qué bien habla, qué bien pinta!

AMPARO. Te envídijo tanta fortuna.

MARÍA. Y es para tener envídijo;
no sabes tú lo que es eso.

AMPARO. No lo he de saber, tontita,
si he tenido quince novios
y he pasado ochenta días
sin comer mas que dos veces,
porque un pícaro bolsista
me quiso robar de casa
para llevarme á Manila,
y me desperté muy tarde
y nos perdimos de vista?
No he de saber qué es cariño,
si por darle gusto á un quidam
eché de casa á la perra,
que era una cosa divina!
No he de saber, si estoy harta
de dar y recibir citas,
y tengo doscientas cartas,
y quince fotografías,
y treinta y cinco mechones
de cabelleras distintas,
de otros tantos caballeros

que me han matado á visitas?
Yo sé cuanto hay que saber,
y estoy práctica en conquistas;
pero cuando llega un hombre
que ni dice, ni se explica,
la más lince, se confunde;
la más franca, se fastidia!

MARÍA. Tienes razón, y hay que hacer
que ese niño se decida.

AMPARO. Indícame un medio bueno.

MARÍA. Procura ver si le obligas...
Ah, qué idea! Son las once,
mamá salió de visita,
papá está en el ministerio
y estamos aquí solitas.

AMPARO. Manuel, como de costumbre
vendrá, cual todos los días;
Pablo estará ya esperando
aviso mío, en la esquina;
mientras yo hablo con Pablito,
tú con el otro te animas,
y si vemos que se apoya
le atacamos en guerrilla.
Pablo le apunta al oído,
y yo hago la distraída;
vamos á ver si entre todos
le hacemos gastar saliba.

AMPARO. Sí, sí; porque francamente...
MARÍA. Habla.

AMPARO. ¡Qué me corre prisal!

MARÍA. Ya verás, antes de un año
dejas de ser señorita;
serás la señora de...

AMPARO. Cállate, no me lo digas.

MARÍA. Yo pienso ser con el tiempo
la generala de...

AMPARO. ¡Chica!
MARÍA. Toma, toma, pues es claro;
recibiremos visitas;
tendremos téés bulliciosos
y gastaremos berlina.
Yo me he de comprar un traje

de color de francesilla
con dos tiras de bullones
y diez varas de puntillas.

AMPARO. Yo una falda de ilusión
y un cuerpo de fantasía
con un *flechón* con encajes
y dos pares de caídas.

Quién lo pescara!

MARIA. ¡Ay, amor!

ESCENA II.

DICHAS, MANOLITO.

MAN. ¡*Bon jour!*

MARIA. ¡Ay!

AMPARO. (Llegó la mia!)
(*Maria se retira hacia el balcón.*)

MAN. A los pies de usté, Amparito.

AMPARO. Muy buenos días, Manuel.

MAN. Ha descausado usted, ya?

AMPARO. Perfectamente. Y usted?

MAN. Yo no estoy muy bien templado.

AMPARO. Cómo es eso?

MAN. Estoy *faché*.

Me ha hecho mi sastre un gabán
que no hay quien pueda con él.
Le gusta á usted mi sombrerío?

AMPARO. Sí.

MAN. Me lo han traído ayer.
Castor mate; última moda.

AMPARO. Ya, ya.

MAN. *Haute nouveauté*.

AMPARO. (Válgame Dios y qué hombre!)

MAN. (Válgame Dios, qué mujer!) (*Pausa.*)

AMPARO. ¡Me trae usté aquellos libros!

MAN. ¡Pues no los he de traer!
A mí nunca se me olvida
lo que sé refiere á usted.
Aquí traigo el primer tomo
de los *Veinte años después*;
y un libro de poesías

por Alfredo de Musset.

AMPARO. ¡Ay! estarán prohibidos?

MAN. Señorita, yo no sé...

AMPARO. Porque me ha dicho papá
que no se pueden leer
si no son...

MAN. Vaya, qué cosas
tiene su papá de usted!

Y á propósito, hoy temía
que hablar á papá.

AMPARO. ¡Si, eh?

MAN. Y de un asunto muy serio.

AMPARO. ¡De verás! Podré saber...

MAN. Es una cosa importante.

AMPARO. (Ya adivino lo que es...)

MAN. Quiere usted oírmela, Amparo?

AMPARO. Eso deseó, Manuel.

MAN. Pues yo tengo...

AMPARO. (Ahora lo dice.)

MAN. Yo tengo...

AMPARO. Vamos á ver.

MAN. Pues como digo, yo tengo...

AMPARO. Pero hombre, qué tiene usted?

MAN. Nada, nada, *nien du tout*,
estoy un poco *enrume*.

AMPARO. (Me está cargando este hombre.)

MAN. (Me confunde esta mujer.)

Amparo, yo soy un jóven...
soy un jóven...

AMPARO. Ya lo sé.

MAN. Capaz de cualquier empresa.

AMPARO. Hombre lo quisiera ver!

MAN. Y hace que vengo á esta casa
mucho tiempo...

AMPARO. Verdad es.

MAN. Y yo tengo aquí un objeto.

AMPARO. ¡Vamos! Me lo figuré.

MAN. Yo cuando deseo algo,
no sosiego...

AMPARO. ¡Puede ser!

MAN. No sosiego hasta lograrlo.

AMPARO. Eso me gusta.

MAN. ¡Si, eh?
Pues mire usted, yo deseo
hablar hoy con don Miguel,
porque tengo que decirle...
tengo que decirle...
AMPARO. ¿Qué?
MAN. Una cosa.
AMPARO. ¡No lo dudo!
MAN. Y voy á decirle á usted...
(Sacando una bequilla del bolsillo.)
¿Usted no ha visto mi pipa?
aquí está; *ecume de mer*,
mire usted qué color tiene,
y cómo está *culotte*.
AMPARO. Pero por amor de Dios...
MAN. Voy á enterarla á usted bien.
AMPARO. ¡Ay, me revienta este niño! (A Man)
MAN. ¡Ay, me mata esta mujer!
Amparo, yo estoy ardiendo
de amor.
AMPARO. Me parece bien.
MAN. Y no sé si á mí pasión
corresponde quien yo sé.
AMPARO. Preguntarlo.
MAN. No me atrevo.
AMPARO. Caramba, atrévase usted!
MAN. Tengo miedo.
AMPARO. ¿Quién es ella?
MAN. Un arcángel.
AMPARO. ¡Está bien!
MAN. Yo la adoro.
AMPARO. Muy bien hecho.
MAN. Usted sabe...
AMPARO. Si lo sé.
MAN. Ay, Amparo!
AMPARO. Ay, Manolito!
MAN. Qué haré yo?
AMPARO. Lo que hay que hacer.
Hablar á papá.
MAN. ¡Corriendo!
usted me anima?
AMPARO. Sí á ti.

MAN. Voy á buscarle.
AMPARO. Corriente.
Qué feliz que me hace usted!
MAN. Estará en el ministerio?
AMPARO. Si señor.
MAN. Le voy á ver.
Soy dichoso...
AMPARO. Vamos, hombre.
MAN. La emoción...
AMPARO. Acabe usted...
(Caracoles con el hombre!)
MAN. (Me entusiasma esta mujer!)
¡Au revoir!
(Tropieza con un velador y lo derriba)
AMPARO. Hombre, cuidado!
(Al salir Manuel tropieza con Pablo y se le cae el
sombrero.)
PABLO. Caramba!
MAN. Estoy *enrageé*. (Váse.)
AMPARO. Ay, esto es inaguantable!
MARIA. Ha dicho algo? (A Amparo.)
AMPARO. (Marchándose) No lo sé!

ESCENA III.

PABLO, MARIA.

PABLO. Ya me tienes á tu lado.
Perdóname si he tardado.
MARIA. No te debo perdonar.
PABLO. Eh! yo te sabré calmar
con mi amor, dueño adorado.
No hay como tú dos mujeres,
y cuando entro en esta casa
mi pecho de amor se abrasa,
pues desde que tú me quieras
yo no sé lo que me pasa.
Para mí ya no hay cuartel,
ni visita de hospital,
ni...

MARIA. No me seas infiel!
PABLO. No me seas tú cruel.

Vamos, no me trates mal!
Maria, no pasa un dia
sin que yo me diga asi:
por que adoro yo á Maria?
y he dado en la tonteria
de responder; porque si.
Por mas vueltas que le demos,
y por mas que discurrarmos,
otra razon no hallaremos;
en el mundo ¿por que amamos?
claro está; porque queremos.
Un resorte singular
nos mueve desde nacimos
y á otro ser nos hace amar,
y á su impulso nos rendimos
sin poderlo remediar.
Desde Pinto á Santander,
desde Tetuan á la Granja,
y desde el Congo á Alcocer,
no hay un ser, que en otro ser
no halle su media naranja.
Asunto es este muy grave:
¿que es amor? nadie lo sabe;
pero quién no lo comprende?
á su calor dulce y suave
qué corazon no se prende?
Unos le llaman ficcion;
otros le llaman pasion,
otros daño, otros locura,
pero á mi se me figura
que no hay tal definicion.
Yo te vi; y en un instante
mi corazon anhelante
del amor tuyo que ansiaba,
dentro del pecho saltaba
de emociones palpitante.
Y aunque me precio de ducho,
si á mi corazon escucho
no sé por qué te prefiero,
tan solo sé que te quiero,
pero que te quiero... mucho!
No es preciso, pues, saber,

el por qué, cómo, ni cuándo
de este amor que arde en mi ser;
tú eres tal vez la mujer
que ha tiempo voy yo buscando.
Y en la pasion que atesoro,
por tu mas leve capricho
daría el oro, y el moro;
te amo, te quiero, te adoro...
y me quedo corto. He dicho.
Pablo, si contigo hablo
y vocablo tras vocablo
comprenderte al fin consigo,
Pablo, de veras te digo
que me comprometes, Pablo.
Porque al oírte decir
lo que ahora acabo de oír;
mi alma en tu amor se extasia;
yo inocente en paz vivia
y tú me has hecho sufrir.
Mas oyo; tu noble afan
va á encontrar mas de un obstáculo...

PABLO. Los que haya se allanará.
MARIA. No; no demos espectáculo,
que estamos sobre un volcan.
Mi padre está decidido
á buscarte, y ha ofrecido
obligarte á declarar...
PABLO. Hombre, lo voy á esperar.
MARIA. No lo esperes, yo lo impido.
¿Qué?

PABLO. No es esto contrariarte;
tan solo es querer decirte
porque puede interesarte,
que él se propone seguirte,
y si te coge te parte.

PABLO. Si? pues mira, con franqueza;
si yo adquiero la certeza
de que él me tiende algún lazo,
vengo y le pego un sableazo
que le rompo la cabeza.

MARIA. ¡Pablo! Mira que es mi padre,
me sumes en desconsuelo.

PABLO. Siento que esto no te cuadre,
pero al hijo de mi madre
no le da nadie un *camelo*.
Por qué está enojado, dí?
Yo á la verdad no lo sé.
MARIA. Pero no sospechas...
PABLO. Sí.
PABLO. Pues puedes estar así
sin decirlo!
MARIA. Lo diré.
Anoche al vernos bailar
se debió de incomodar,
porque despues que te fuiste
se puso... así, un poco triste,
y luego se fué á acostar.
Él solo, á gritos heridos,
«voy á pegarle una soba»
decia dando alaridos,
y daba unos resoplidos
que hacia temblar la alcoba.
Pero esto no importa nada,
todo ello tiene remedio;
con una frase estudiada
cesa la tormenta airada.
PABLO. Veamos; dime tú el medio.
MARIA. ¿Tú me quieres?
PABLO. ¡No lo sabes?
MARIA. Pues entonces claro está
que en tus propósitos graves
preciso será que acabes
por decírselo á papá.
Si no le has hecho tilín
y es por motivo tan ruin
por lo que fiero te increpa,
se calmará cuando sepa
que tú vienes con buen fin.
Le explicas tus sentimientos,
le aseguras que me adoras,
os dejais de cumplimientos,
viene aquí á todas horas
y estamos todos contentos.
PABLO. Tienes tú razon, mujer.

¡Vaya si lo voy á hacer!
en cuanto venga le hablo.
¿No me has comprendido, Pablo?
¿Pues no te he de comprender?
(¿Que pierdo en ello?)
RAM. (Apareciendo en la puerta del foro.) ¡El señor!
MARIA. El es; ven.
PABLO. Adónde?
MARIA. Aquí,
al cuarto de la labor.
PABLO. ¿Y no voy á hablarle?
MARIA. Sí,
pero despues es mejor.
RAM. ¡Qué viene el amo!
PABLO. (Ay, qué tío!)
MARIA. Vamos, ved.
PABLO. (Si me desvio
de mi plan, soy hombre muerto!)
MARIA. ¿Te quedas?
PABLO. No, no por cierto;
vamos allá. (Vaya un lio!)

ESCENA IV.

D. MIGUEL, RAMONA.

MIGUEL. Me estoy temiendo un fracaso:
en mi caso, por mi nombre,
no se ha visto ningun hombre;
no soy hombre, soy un caso.
Hoy... soy un difunto en ciernes;
si esto dura mucho, estallo;
echado estí ya mi fallo,
debí de nacer en viernes.
Yo vivia en un quietismo...
¡Por qué me casé? ¡Por qué?
¡Si el dia que me casé
me hubiera roto el bautismo!
Mi esposa... no es muy hermosa,
pero hoy me ha dicho un colega
que la mas fea, la pega
de una manera horrorosa.

¡Habrá acudido al reclamo
del teniente? francamente,
cuando yo veo un teniente
junto á mi mujer, me escamo.

RAM. Esta carta. (Dándole un papel.)

MIGUEL. No se aparta
de mi mente...

RAM. (No me ha oido!)

MIGUEL. ¡Esta carta que han traído!

(Lee.) «Señor don Miguel Azcaran:

»muy señor mio y mi dueño;

»me alegraré que al recibo

»de esta carta, se halle bueno,

»y con la calida salud

»que yo para mi deseo.

»La mia buena, á Dios gracias,

»como siempre. (Hablando.) Lo celebro.

»Sirve esta para decirle

»que desde el mes de febrero

»del año cincuenta y cuatro

»me estan ustedes debiendo

»dos mil cuatrocientos reales

»con cuarenta y cinco céntimos,

»importe de comestibles,

»jabon, y velas de sebo,

»y que me he visto en el caso... »

(Hablando.) Vamos, ya pareció aquello.

(Lee.) «En el caso de vender

»á otra persona aquel crédito;

»por consiguiente, á mi casa

»nada le debe usted, pero

»quien el crédito ha comprado

»es un andaluz muy seco

»capaz de embargarle á usted

»la voz, si se empeña en ello,

»y aunque no vive en Madrid,

»ha dejado segun creo

»á un hijo suyo encargado

»de cobrar esos cuartejos;

»lo cual participo á usted

»por lo mucho que le aprecio.

»Á los pies de la señora.

»Consérvense ustedes buenos.

»Disponga usted como guste,

»y déle un besito al perro.»

Para alivio de mis males

me viene este á consolar;

¿de dónde voy yo á sacar

dos mil cuatrocientos reales?

Desazon tras desazon

¡ay, me tienen confundido!

señor, habré yo nacido

para tocar el violon?

RAM. (¡Qué desazonado está!)

MIGUEL. Señor, ¡qué mosca le pica!

RAM. ¿Quiere usté algo?

MIGUEL. ¡Ven acá!

RAM. Ya estoy aquí. (Acerándose.)

MIGUEL. (¡Ah, suerte perra!

por qué tendré yo mujer?

este es el único ser

que me comprende en la tierra?) (Pausa.)

Ramona, tú eres muy mona;

cuando estoy cerca de ti

no sé qué pasa por mí;

acérate mas, Ramona.

RAM. ¡Pues no está usted poco amable!

MIGUEL. Yo te aprecio.

RAM. ¡Qué fortuna!

MIGUEL. Siempre te tuve por una

muchacha muy apreciable.

¡Te gusto!

RAM. ¡Válgame Dios!

MIGUEL. Tú á mi me gustas muchísimo...

RAM. Señor, existe un *absimismo*

entre medio de los dos.

MIGUEL. No importa; salvarle puedo.

Consúlame, que estoy triste.

RAM. Yo he llorado hoy, conque *miste...*

MIGUEL. Ven acá, no tengas miedo.

(Si yo lograra saber

lo que deseo inquirir...)

RAM. (Si yo llego á conseguir
dar á mi Paco que hacer!)
MIGUEL. (La convenzo, hablando en plata,
y acude pronto al reclamo.)
RAM. (Le doy celos con el amo
y no habla mas con la chata.)
MIGUEL. ¿Conque has llorado?
RAM. Si á fe.
MIGUEL. Llorar tú!
RAM. Si tal.
MIGUEL. ¡Mal haya!
No lo digas.
RAM. ¡Vaya, vaya,
y qué cosas tiene usté!
MIGUEL. Tu pena del pecho salga,
darte lo que quieras quiero...
(Como no sea dinero
ni otra cosa que lo valga.)
RAM. ¿Qué desea usted de mí?
MIGUEL. ¡Habla bajo!
RAM. ¡Pues qué pasa?
MIGUEL. ¿Qué sucede en esta casa?
RAM. ¿Cómo?
MIGUEL. ¿Qué sucede aquí?
A esta casa viene un hombre...
RAM. Vienen dos.
MIGUEL. De uno ya sé.
RAM. Oh! el otro... déjelo usté.
MIGUEL. Permiteme que me asombre.
¿No he de poner yo reparo
si él viene y no se contiene?
RAM. No señor, puesto que viene
por la señorita Amparo.
MIGUEL. ¡Tambien por Amparo! (Oh, Dios!
no le basta con mi esposa,
que aun hacer el oso, osa
con Amparo! Tiene dos!)
Le voy á matar.
RAM. ¡Qué horror!
MIGUEL. ¡Pobre de él!
RAM. Pues no se altera
poco...

MIGUEL. Estoy hecho una fiera.
RAM. Tenga usted alma, señor,
si eso no importa...
MIGUEL. ¡Ramona!
RAM. Eso está muy admitido.
MIGUEL. Cállate ya, ó te despido.
RAM. Y en siendo él una persona
decente...
MIGUEL. ¡Aunque fuera el niño
de la bola!
RAM. ¡Qué tontuna!
Cuando la quieren á una
con verdadero cariño...
MIGUEL. No sabes lo que te pescas;
¿qué crees que debo hacer?
RAM. Nada, dejarlo correr.
MIGUEL. ¡Sin decirle cuatro frescas!
¡Sin matar á esa Agripina?
¡bonito papel me ofreces!
RAM. Pero, señor, ¿cuántas veces
habrá hecho lo mismo?...
MIGUEL. ¡Ah, indiana!
INÉS. (Dentro.) ¡Miguelito!
MIGUEL. ¡Eh? vete ya!
(Ramona se va, D. Miguel la llama y ella vuelve.)
Ramona, tú eres muy mona;
cuando venga esa persona
¡espiala! ¡espiala! (Váse Ramona.)

ESCENA V.

D. MIGUEL, DOÑA INÉS.

INÉS. Hola, buenos días, hijo.
MIGUEL. Felices días, *mamá*. (Con ironía.)
INÉS. ¿Estamos de buen humor?
MIGUEL. (Si, confia, y ya verás.)
INÉS. Sabes que he ido de tiendas?
MIGUEL. No sabía...
INÉS. Ya verás,
he comprado un par de faldas
de moda.

MIGUEL. Has hecho muy mal.
INÉS. Un encaje de *guipure*
y dos varas de *agremán*;
ademas traigo unas pasas
para postre, traigo un flan,
y cuatro libras de té.
MIGUEL. ¡Por vida del té!
INÉS. Aquí está.
Dime, Miguel, con franqueza,
á tí cuál te gusta más,
el té negro, ó el té perla?
MIGUEL. A mí? El *Te-deum*.
INÉS. Cabal!
como que tienes un miedo
que no puedes respirar.
MIGUEL. Lo que tengo yo, señora,
es una calamidad
que se llama matrimonio,
con la que me va muy mal.
Lo que tengo es que estoy harto
de verla á usted derrochar.
¡Para qué quiero yo pasas
si no las puedo pasar?
Qué necesidad había
de comprar el *agremán*?
¡Va usted á dar algún baile?
INÉS. Tal vez.
MIGUEL. ¡No faltaba mas!
¡Es usted una serpiente!
INÉS. Ya té pones incapaz.
MIGUEL. ¿Con qué dinero has comprado
todo eso?
INÉS. Para comprar
no es necesario dinero.
MIGUEL. Hombre, eso es original.
INÉS. Pues qué, no tenemos crédito?
MIGUEL. Inés, me vas á matar
á disgustos.
INÉS. No lo creás.
MIGUEL. Mas no es este el principal
motivo que me ha movido
á hablarte así; ven acá.

INÉS. ¡Qué quieres, hombre?
MIGUEL. ¡Silencio!
Tenemos mucho que hablar.
Cuando tuve la desgracia
de decirle á su papá
de usted —que por cierto era
un poquito irracional.—
Cuando le dije, «yo quiero
llevar á su hija al altar,»
no pude pensar que un día
usted sería capaz
de emborrifar con sus crímenes...
Cómo?
MIGUEL. El tálamo nupcial.
La historia de usted, señora,
es una historia fatal.
INÉS. Pero....
MIGUEL. Una historia espantosa,
con mas manchas que mi frac.
INÉS. Pero, Miguel, es posible
que seas tan incapaz?
MIGUEL. ¡Basta! En mi casa entra un hombre
que se introduce en mi hogar
con ánimo decidido
de poner guerra á mi paz.
Señora, usted no ha leído
nunca el Código penal?
Pues bien; de hoy en adelante
ya se puede usted buscar
un asilo protector...
INÉS. ¡Jesus, que barbaridad!
MIGUEL. Sé que tiene usted un amante...
INÉS. ¡De veras?
MIGUEL. Lo he de matar.
INÉS. No me extraña, no me extraña,
porqué hoy —no te sepa mal,—
en la calle de Preciados
me dijo un pollo al pasar: «
es usted una sirena...»
MIGUEL. ¡Valiente bruto será!
INÉS. ¡Conque un amante?
MIGUEL. Lo sé;

Io sé todo, y algo mas,
y como usted sin tardanza
no eche de casa al andaz,
voy á dar el gran escándalo
de la temporada actual.
Abur! Piénselo usted bien
mientras me quito el gabán;
entre usted y mi honradez,
primero es mi dignidad.
(¡Esto se llama eloquencia!)
(Si seré yo liberal!)

ESCENA VI.

DOÑA INÉS, despues PABLO.

Inés. Conque el hombre que aquí viene,
viene á esta casa por mí?
¡Ay, corazón, no me engañes!
¡Ay, no me des que sentir!
Por algo me dijo anoche
«señora, soy muy feliz.»
Ya me figuraba yo
lo que iba á pasar aquí!...
Pablo es un hombre sensible,
yo no tengo mal cariz,
si me quiere, qué remedio?
yo no lo puedo impedir!
Las que nacemos hermosas
y tenemos cierto *chic*
no podemos evitar
que nos asedien así.
¡Ay, mi esposo es tan imbécil!
¡mi esposo es tan incivil!
Diez años hace que ignoro
lo que es un hombre de *esprit*;
como Pablo se pronuncie,
no sé qué va á ser de mí!

ESCENA VII.

DOÑA INÉS, PABLO.

PABLO. (No está.) Señora...
Inés. ¡Adios, Pablo!
estaba usted por ahí...
PABLO. Vine á saludar á ustedes
ha poco, y á repetir
mi ofrecimiento humildísimo...
Inés. Mil gracias.
PABLO. Y estuve allí
con María...
Inés. ¡Con María?
PABLO. Sí, me acaba de decir
una cosa, que me tiene,
señora, fuera de mí.
Inés. ¿Qué es ello?
PABLO. Que á don Miguel
no le hago mucho tilín.
Inés. ¡Picarillo!
PABLO. Francamente,
señora, yo veo aquí
porque adoro á una mujer
con quien puedo ser feliz.
Usted debió presumirlo.
Inés. ¡Vaya, si lo presumí!
PABLO. Don Miguel, por lo que veo,
este amor quiere impedir
y hace mal.
Inés. ¡Hombre, por Dios!
PABLO. Qué?
Inés. No sea usted así.
PABLO. Si él ha sospechado algo,
¿cómo puede consentir?...
Inés. ¡Consentirá si yo quiero!
¡No me conoce usted á mí!
(¡Ay, qué joven tan audaz!)
Qué se había de decir?
Estas cosas hay que hacerlas
con mucho sigilo,

PABLO. ¡Sí!
Pues verá usted como hoy mismo
voy á largarle un *spich*
que lo voy á dejar tonto.
INÉS. ¡Caballero!
PABLO. ¡Así, así!
Las cosas, cuanto mas claras...
INÉS. No me haga usted infeliz.
PABLO. ¿A usted, señora? Por qué?
INÉS. No comprende usted que aquí
se va á dar un gran escándalo
y yo tendré que sufrir?
PABLO. Señora, si yo la adoro...
INÉS. ¡De veras? Ay, qué País!
PABLO. ¡Usted no aprueba este amor?
INÉS. Yo...
PABLO. Dígame usted que sí!
INÉS. Yo siento por usted algo.
Ayúdeme usté á sentir.
PABLO. ((Qué está diciendo esta tía?))
INÉS. Pablo, fie usted en mí.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. MIGUEL.

MIGUEL. (El militar en campaña.)
PABLO. Hola, don Miguel aquí!
INÉS. (Silencio.) (A Pablo.)
PABLO. (No, yo lo digo.)
MIGUEL. (No hay mas, le voy á decir
cuatro frescas.)
PABLO. (A Miguel.) ¡A la órden!
MIGUEL. ¡Felices!
INÉS. Pobre de mí!
Este sí que es *El suplicio
de una mujer!*
MIGUEL. (Por Pablo.) ((Infeliz!))
PABLO. (Yo me arriesgo, y salga el sol
por Antequera, ó Madrid.)
Señor don Miguel, yo tengo
que hablarle á usted.

MIGUEL. Hombre, sí?
pues yo tambien.
PABLO. Y las cosas
que le tengo que decir
ni son para que se enoje
ni para ponerse así.
MIGUEL. ¡Y cómo me pongo yo?
qué trata usted de inquirir?
PABLO. Sé que está usted enojado
conmigo y creo que al fin
el motivo no es tan grande.
MIGUEL. (Se habrá visto un zascandil
mas insolente?)
INÉS. ((Pablito!))
PABLO. Déjeme usted.
INÉS. (A Miguel.) Oye.
MIGUEL. A mí
no me diga usted palabra!
INÉS. Pero...
PABLO. Aun hay mas que decir.
Yo vengo á esta casa...
INÉS. ((Ay, Dios!))
PABLO. Por una mujer; y así
si usted se opone á este amor
va á haber la de San Quintin!
MIGUEL. Pues hombre estaria bueno
que yo dejara esto así.
PABLO. Pues tendrá usted que dejarlo
como se me antoje á mi.
(Amparo y María entran en escena.)
MIGUEL. ¡Indecente!! (Acercándose á Pablo.)
MARÍA. Qué sucede?
PABLO. Que lo voy á usté á partir!
INÉS. Atrás, atrás, caballeros!
(Caleándose en medio.)

ESCENA IX.

DICHOS, MANOLITO.

MIGUEL. Estoy hecho un puerco espín!
MAN. Gracias á Dios que le encuentro.

PABLO. Yo la quiero y he de abrir en canal al que se oponga!

MIGUEL. Don Manuel, venga usted aquí, su amigo de usted don Pablo se trata de repartir las mujeres de mi casa!

MAN. Pablo, no seas *hard!*
Haz como yo, que la adoro de un modo menos hostil.

MIGUEL. Conque usted tambien la adora?

MAN. Si señor!

MIGUEL. Toma, pillín!
(Le aplasta el sombrero.)

MAN. ¡Saperlot!

PABLO. ¡Voy á robarla!

MIGUEL. ¡Mamarrachol! (A D. Miguel.)

MIGUEL. (A Pablo.) ¡Zarramplin!

PABLO. Aprende á tener respeto!
(Le aplasta el sombrero.)

MIGUEL. Socorro!

ESCENA X.

DICHO, RAMONA.

RAM. ¿Qué pasa aquí?

INÉS. ¡Agur! (Cae desmayada sobre una silla.)

AMPARO. ¡Esencias! (Id. id.)

MARIA. ¡Yo me muero! (Id. id.)

MIGUEL. ¡Tuanante!

MAN. (Marchándose.) ¡Abur!

PABLO. (Id.) ¡Á vivir!!
(Quedan las tres señoras desmayadas. Ramona corriendo de unas á otras, y D. Miguel forcejando por levantarse el sombrero, que tiene metido hasta los ojos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

AMPARO, MARIA, sale por la puerta izquierda con temor, y andando de puntillas.

MARIA. Chist! Amparo! Amparo!

AMPARO. Qué?

MARIA. Se puede pasar?

AMPARO. Sin miedo!

MARIA. Todavia estoy nerviosa... y papá?

AMPARO. Por allá dentro.
Tiene un humor endiablado.
Está furioso.

MARIA. Lo creo.

AMPARO. Habla solo.

MARIA. Eso es terrible.

AMPARO. Y se da muchos paseos,
y le echan fuego los ojos,
y en fin, todo él echa fuego,
la punta de la nariz
la tiene como un pimiento.

MARIA. Qué horror!

AMPARO. Hace poco rato

se fué á cambiar de chaleco
y por ponerse la bata
se puso el vestido negro
de mamá.

MARIA. Válgame Dios!
AMPARO. Si te digo que está ciego!
Le entró Ramona hace poco
chocolate con pan tierno,
y por mojar en la taza
mojó el pan en el tintero.
Dice que como aparezcan
por aquí tu amado dueño
ó el mío, los despampana;
y cualquier cosa me temo,
pues tal como está papá
es capaz de dar un trueno.

MARIA. Qué escándalo esta mañana!

AMPARO. De veras que ha sido bueno.

MARIA. Y todo fué...

AMPARO. Todo fué
porque aquí hay un grave enredo
que es fuerza desenredar
para que al fin acabemos
de ser victimas las dos.
Papí le estaba diciendo
á mamá hace poco rato:
ese hombre es un monstruo, y eso
lo decia por tu novio.
Ó por el tuyó.

MARIA. Veremos.
AMPARO. Ello es que uno de los dos
es un solemne embuster...
y te hace el amor á tí
y gasca conmigo tiempo.

MARIA. A ver, á ver...
AMPARO. Pues es claro.
Dice papá: «ese sujeto
viene á esta casa con ánimo
de darme á mí el gran camelo,
quiere á todas las mujeres
de la casa, segun veo!»
Me parece que esto es claro.

MARIA. Habráse visto un trastuelo
semejante! deja, deja
que yo le vea.

AMPARO. Esto es hecho,
yo voy á dar pasaporte...

MARIA. Á quién, dí?

AMPARO. Al mas inepio,
El que sea mas audaz
ese es mi hombre.

MARIA. Por supuesto!
te has llegado á figurar
que eres tú el único objeto
de un amor doble?

AMPARO. Quién sabe!

MARIA. Lo veremos!

AMPARO. Lo veremos!

MARIA. Gente viene!

AMPARO. Ay, yo me voy!

MARIA. Y yo tambien!

AMPARO. Hasta luego!

ESCENA II.

RAMONA.

Ay! ya estoy harta de estréritos,
de helenes y de escándalos,
aquí hay muy poca sindéresis
y mi señor es un bárbaro.
Pues don Pablo es una pólvora,
y está bullendo en su ánimo
la idea de una catástrofe
que nos va á dejar estáticos.
Por mi parte, ande la trápala,
de todo me importa un rábano,
así hablarán los periódicos
y daremos espectáculo.
Yo no comprendo este intríngulis:
mi señor es lo mas zángano!...
ve que le burla su cónyuge
y se queda hecho un gavnápiro.
Es lo mismo que si á un médico

le es un enfermo antipático,
y para curarle un cólico
le receta temor táraro.
Valiente casa... de huéspedes!
aquí todo es enigmático;
don Pablito por lo súbito
y don Manuel por lo cándido
tienen á esas pobres jóvenes
hechas un par de carámbanos.
Solo nos falta ser víctimas
del cólera-morbo-asiático.
Bien me dijo la Escolástica,
la que sirve con don Pánfilo;
no sirvas á esos estúpidos,
que ahí duran poco los fámulos!
doña Inés es un fenómeno,
don Miguel es un gaznápiro,
y las niñas dmas sátrapas
con mas conchas que un gálapago.
Ay; si yo cobro mis céntimos,
que por cierto es problemático,
saco á mi novio de célibe,
recojo todos mis hárculos,
nos hisopea un presbítero
y no paro hasta Vicálvaro!

ESCENA III.

RAMONA, MANOLITO.

MAN. ¡Muchacha!
RAM. Usted por aquí!
Man. — y don Miguel, se marchó?
Ram. No sé, yo vengo ahora mismo
de casa del sangrador;
fui á buscarle creyendo
que con aquella estorsión
las señoritas querían
que las pincharan.
MAN. ¡Qué horror!
RAM. Pero me encontré en la calle
á mi señora...

MAN. Ah, salió?
RAM. Y me dijo que las niñas
se encontraban ya mejor.
MAN. Y adónde fué doña Inés
con tal precipitación?
RAM. Salió buscando á don Pablo.
MAN. Á Pablito?
RAM. Si señor,
dijo que quería darle
no sé qué satisfacción...
MAN. Y usted se ha curado ya
de aquel pequeño favor?
(Imitando la acción de aplastar un sombrero.)
RAM. Sí, ya... Valiente apabullo
le dió á usted el amo!
MAN. Á mí no,
al sombrero; lo he mandado
planchar y está algo mejor.
RAM. Y á no ser porque me hallaba
en el compromiso atroz
de ir á recibir la paga,
te aseguro por quien soy
que le doy á don Miguel
un soberbio revolcón.
RAM. El golpe de usted fué bueno;
pero hombre, cómo sonó!
MAN. Cállate, no me sulfures,
Ramona.
RAM. Qué confusión!
MAN. ¡Cómo salió usted de aquí!
RAM. Y dime, por qué pasó
todo aquello? Estoy á oscuras,
y es divertido por Dios
recibir una caricia
sin comprender la razón.
MAN. Es que aquí pasan cosazas;
cosazas!
RAM. ¡Eh?
MAN. Si señor,
mi señora y don Pablito,
usted me entiende?

MAN. Yo no.
RAM. Don Pablito y mi señora...
¡Pues!
MAN. Explicate mejor.
RAM. Le quieren dar á mi amo...
MAN. El qué?
RAM. La gran desazon!
MAN. Saprissit!
RAM. Como usted lo oye.
MAN. Ese Pablito es feroz.
Se han enterado las niñas?
RAM. Ya lo creo!
MAN. Eso es peor.
¿Y Amparo?
RAM. Dice que usted
es un infame.
MAN. Quién yo?
Y por qué?
RAM. ¡Usted lo sabrá!
MAN. Que me dé una explicacion.
RAM. Por allí creo que viene,
les dejo á ustedes.
MAN. Adios.

ESCENA IV.

MANOLITO, despues AMPARO.

Como me coja la niña
con un poco de valor,
le declaro *tout de suite*
mi acrisolada pasion.
(Amparo sale, mira de arriba abajo á Manolito, y
dice toda la escena con acento trágico.)

MAN. Ay, Amparo!
AMPARO. Buenas tardes.
MAN. ¿Cómo está usted?
AMPARO. Mi salud
no le importa á quien se burla
de mí, amando á *bultum tum*.

Tenemos que hablar muy claro,
se tiene que hacer la luz.
¡Amparito!
MAN. Caballero,
yo fiaba en su virtud,
en sus prendas personales
y en su constancia y en su...
MAN. No entiendo ni una palabra
de ese lenguaje.
AMPARO. Ay, Jesus.
Hágase usted el inocente,
qué lástima de virtud!
Manuel, yo estaba esperando
con amorosa inquietud
que usted me dijera un dia
te adoro, hello querub
pero jay, triste! yo ignoraba
que era usted un Ferragús
y que estaba usted reñido
con el sentido comun.
Pero usted se lo ha perdido,
yo hubiera sido una Ruth,
una Lucrecia, una Aspasia
una Juana de la Cruz,
y hasta hubiera consentido
en tratarle á usted de tú
si hubiera visto en usted
amante solicitud.
Imposible me parece
que sea usted andaluz;
se ha portado usted lo mismo
que el gallego mas atun.
Me servirá de escarmiento:
hago á todo hombre la cruz,
que lo que pasa en Madrid
no pasa en Calatayud.
MAN. (Esta mujer me apabulla,
yo debo de estar azul,
á mí me va á dar un síncope;
este es un caso *incomún*.)
AMPARO. De hoy mas buscaré un amante
que no ataque á mi salud,

me estan saltando los nervios,
mirelos usted; puf, puf!
¿Cree usted que con saber
decir *bien soir* ó *bien jour*
y *culeoar* una pipa,
y bailar un *padedus*,
y trastear un novillo,
y escribir en andaluz,
imitar á los actores,
y tener alguna cruz,
y almorzar en el Armiño
y hablar sin saber la q,
y marcharse los veranos
á Deva ó San Juan de Luz,
y no ir nunca á la oficina
y hablarle al Tato de tú,
es usted un personaje
y un tipo poco comun?
Pues no señor, no sirve eso,
lo que sirve es la aptitud
para decirle á una jóven
te quiero, quíreme tú.
La juventud está muerta,
tú te pierdes, juventud!
te estás haciendo pedazos,
derrumbate; catapum!

MAX.

AMPARO.

Amparito.
Nada, nada,
es ya tarde; ya no hay más,
aquí tiene usted sus libros,
El pirata de Corfú,
La Dama de las Camelias
y *Los Viajes al Perú*,
El diablo mundo, El bandido
y *la Infanta doña Luz*;
á este le faltan dos hojas
que guardo yo en el haul;
póngalos usté en conserva,
páselo usted bien; abur! (Váse.)
Pues señor, no me declaro,
me va á dar un patatús! (Váse.)

ESCENA V.

MANUEL, PABLO.

PABLO. ¿Adónde vas?
MAX. Al infierno.
estoy hecho un puerco-espin.
PABLO. ¿Dónde está María?
MAX. Yo
no sé: debe estar allí. (Se va.)
PABLO. Voy á esperarla de hinojos.

ESCENA VI.

PABLO, despues D. MIGUEL.

PABLO. (Arrodillándose delante de la puerta.)
¡Oh divino serafín!
que á tan graves desazones
hoy te has expuesto por mí,
aquí te espera el amante
mas rendido de Madrid.
(Sale D. Miguel con la bata y gorro puestos y con
una jícara de chocolate en la mano. Tropieza con
Pablo y deja caer aquellos objetos.)
¡Caracoles, don Miguel!
(Se levanta y se aparta á un lado.)
MIGUEL. ¡Cuerno! mi hombre.
PABLO. Me lucí.
(Don Miguel contempla un momento á Pablo, des-
pues va cerrando todas las puertas y guardándose
las llaves. En seguida se acerca lentamente á Pa-
blo y le dice.)
MIGUEL. Ve usté estas llaves, bandido?
Las ve usté bien?
PABLO. Si señor
MIGUEL. Son las llaves de mi honor
que por usté se ha perdido!
Llaves de eterno baldon
que encierran cosas muy graves!

PABLO. (Este honor, tiene mas llaves
que un cornetín de piston.)
MIGUEL. Oigame usted.
PABLO. (Qué embolismo!
Si me pensarán asustar!)
MIGUEL. Oigame usted sin chistar
ó le rompo á usted el bautismo. (Pausa.)
Yo soy un hombre de bien
de todo el mundo vasallo;
si me tratan bien, me callo,
mas si me insultan... también.
Mi persona, en nada ruin,
de honrada y cabal blasona,
yo soy toda una persona
desde que era chiquitín.
Nadie mas que yo cavila
para corregir sus vicios;
tengo una hoja de servicios
de lo mejor que se estila.
Constan los méritos míos;
y en la política banda
yo sirvo siempre al que manda,
para no meterme en lios.
Padre de familia soy
y esclavo de mis deberes,
mantengo á esas tres mujeres,
y adónde me llevan, voy.
Contesto con un halago
si en un aprieto me ponen;
yo sirvo, y ellas disponen;
ellas gastan, y yo pago.
Así mi vida pasé
y con malicia no excusa
cuando un dia, jaciago dia!
á esta casa viene usted
y como sube que pasa,
sin consultar pareceres,
se apropió usted dos mujeres
de las que hay en esta casa.
Antes pues de sulfurarme
y de increparle elecuente,
caballero subteniente,

sirvase usted contestarme.
Tienda usted al bien las alas
y eviteme muchas penas,
arreglémoslo á las buenas
no pasemos á las malas.
PABLO. Hombre, al escuchar su voz
no sé como estoy callando,
porque me está usted cargando
de una manera feroz.
Y cómo aguento no sé
esa insulsa retahila;
no he visto nunca un tío *Lita*
mas apestoso que usted!
MIGUEL. Mire usted que en caridad
se lo pido.
PABLO. Estoy molido.
MIGUEL. Mire usted qué se lo pido
con mucha necesidad!
Ceda usted á mi dolor!
PABLO. No señor.
MIGUEL. Por vez postrera.
PABLO. No, de ninguna manera.
MIGUEL. No cede usted?
PABLO. No señor!
MIGUEL. No? pues basta ya de calma,
ahora mismo nos marchamos,
y lejos de aquí, nos vamos
los dos á romper el alma.
Al café Oriental me voy
donde hablarle necesito,
que si usted es señorito
señorito también soy.
PABLO. Así le quiero á usted ver.
MIGUEL. Salga usted!
PABLO. Vaya si salgo!
MIGUEL. Vamos á rompernos algo,
que no hay tiempo que perder.
Un duelo será el consuelo
de mi duelo y mi quebranto,
vámonos... al campo santo,
que allí se despide el duelo.
PABLO. Tiene usted armas?

MIGUEL. Si señor.
Vámonos, no me consumas,
aquí tengo un cortaphumas,
este es el arma mejor.
PABLO. No he visto un hombre más bruto.
MIGUEL. Se están pasando las horas.
PABLO. Diga usted á las señoras...
MIGUEL. Qué?
PABLO. Que se vistan de luto.
MIGUEL. Mi señora es una arpía
á quien tú engañar intentas.
PABLO. Calle! esas son otras cuentas!
Á qué señora?
MIGUEL. Á la mía.
PABLO. Yo!
MIGUEL. Pues por qué nos matamos
si no es por tus mañas fieras?
por qué aquellas dos chisteras
hace poco apabullamos?
Negarás, vil seductor
que has tenido el mal capricho
de mi mujer? mejor dicho,
que ayer le has hecho el amor?
PABLO. A doña Inés?
MIGUEL. Eso es.
PABLO. Hombre, usted ha comido fuerte:
quién le engaña de esta suerte?
viene usted de Leganés?
MIGUEL. No es cierto? está usted seguro?
PABLO. Vaya una majadería.
MIGUEL. A quién ama usted?
PABLO. ¡Á María!
MIGUEL. Júremelo usted.
PABLO. Lo juro.
MIGUEL. Oh Cupidillo travieso
digno de mi estimación!
deme usted un apretón,
que me ha quitado usted un peso!
¡Inés, Amparo, María!
Ramona!
(Va abriendo todas las puertas y llamando.)
Miguel. Vengan á mí.

PABLO. Pero qué sucede aquí?
MIGUEL. Estoy loco de alegría.

ESCENA VII.

DICHO, DOÑA INÉS, AMPARO, MARÍA, RAMONA.

MIGUEL. Ven aquí, prenda adorada,
sin razon te he calumniado.
Perdóname.
INÉS. Perdonado. (Ap. á Pablo)
Qué ha pasado?
PABLO. Casi nada.
MIGUEL. Yo estaba en un gran error
y de mi error he salido,
el señor me ha convencido... (Por Pablo.)
da las gracias al señor.
INÉS. Muchas gracias, caballero.
AMPARO. Calle, qué historia!
MARÍA. ¡Ay, Dios mio!
(A Pablo.) Estás contento, hijo mio?
MIGUEL. (A Pablo.) Me debe usted un sombrero.
RAM. Bien lo merece.
MIGUEL. Hola, está
por aquí la descocada?
ven acá, desvergonzada;
responde.
RAM. Vamos allá.
MIGUEL. Por qué me dijiste ayer
que este señor y mi esposa
tramaban no sé qué cosa?
responde, vamos a ver.
RAM. Señor, porque yo creía
que era cierto.
INÉS. Calla, bicho!
RAM. A mí me lo había dicho
la señorita María.
MARÍA. Yo, insolente?
RAM. Claro está.
MARÍA. Eso es falso.
RAM. No, que es obvio;
dijo usted, mira mi novio

como anda con mi mamá.
MARIA. Pues no has armado mal lo!
AMPARO. Si eres de la piel del diablo.
MARIA. Yo quise decir que Pablo
intrigaba en favor mio.
MIGUEL. Mira, Ramona, ahora mismo
tomas la puerla, y te vas.
RAM. Corriente; y no vuelvo mas.
¡Vaya! miste qué embolismo!
¡Pues si señor que me iré!
Déme usted lo que me debe.
MIGUEL. Vente mañana á las nueve.
RAM. ¡Es claro! ¡Si no hay de qué!
Me voy lejos de este enjambre
de trampas y de traperas;
aquí de todas maneras
me habia de morir de hambre!
¡Qué gentes mas descastadas!
ni qué fuera usted algún rey!
despues que una toma ley
la despiden á patadas.
¡Mejor! ahora he de decir
lo que pasa en esta casa,
y el que sepa lo que pasa
de ustedes se ha de reir.
INÉS. Vete pronto.
RAM. Alma de hierro!
MIGUEL. Largo de aquí.
RAM. ¡Pues es claro!
Abur, señorita Amparo!
cuideme usted bien al perro.

ESCENA ÚLTIMA.

D. MIGUEL, DOÑA INÉS, PABLO, MARIA, AMPARO, despues
MANOLITO.

PABLO. Don Miguel, hablemos claros,
yo tengo una pretension.
MIGUEL. Pues hombre, reviente usted.
PABLO. Reventaré, si señor.
Dentro de eatorce dias

salgo á teniente, y me voy
de capitán á la Habana
dentro de un mes ó de dos,
¡me da usted á su hija María!
(Ay, qué gusto!)
MIGUEL. Hombre, por Dios,
eso ha sido un garrotazo.
PABLO. Le duele á usted?
MIGUEL. No señor,
PABLO. Pues es decir que está hecho
el negocio; se acabó.
MIGUEL. Este hombre enfila una boda
lo mismo que un peloton!
esposa, qué dices tú?
INÉS. Qué quieres que diga yo?
(De todos modos la chica
está sin colocacion!)
MIGUEL. Ea, pues por muchos años.
MAN. ¡Bonneir!...
AMPARO. (Ya está aqui el simplon.)
MAN. Traigo una emocion tan grata!...
MARIA. Pues qué?
MAN. Traigo una emocion!...
Ay, me pongo un poco malo.
MIGUEL. Muchacha, saca un colehon.
INÉS. Un poco de té.
MIGUEL. Caramba
con el té! calla por Dios!
AMPARO. Qué sucede?
PABLO. (A Manolito.) Qué te pasa?
MAN. Ay!
INÉS. Se pone usted peor?
MAN. Qué emocion tan espantosa!
MIGUEL. Vamos, hombre.
MARIA. Por favor!
MAN. ¡Que he ascendido á seis mil reales!
que ya tengo posicion!
MIGUEL. Acabara usted de hablar!
Vaya un lance!
MAN. ¡Qué calor!
qué frio... y estoy nervioso...
MIGUEL. ¡Y era eso solo?

MAN. No, no.
Ademas, vengo á decir...
vengo á decir...
MARIA. Ay, señor!
MAN. Que quiero á esta señorita.
(Señalando á Amparo.)
AMPARO. ¡Caramba, gracias á Dios!
si no revienta usted pronto
creo que reviento yo.
MAN. Amparo, está usted contenta?
me quiere usted?
AMPARO. ¡Si señor!
MARIA. Cáselos usted, papá.
MIGUEL. ¡Demonio!
INÉS. (Ap. á Miguel.) Es un pobreton.
MIGUEL. Hay que pensarle con calma.
MAN. (Aun traigo otra comision:
mi padre, que está en Sevilla,
me ha escrito esta carta hoy
y le debe usted dos mil
cuatrocientos...)
MIGUEL. (¡Ay, se armó!)
¡Manolito de mi vida!
yerno de mi corazon!
AMPARO. Viva mi papá!
MIGUEL. Dejadme,
sed felices, é id con Dios.
Ya las tienes colocadas (Á Inés)
¡Quel bonheur! ~
MARIA. (A Pablo.) Me quieres?
PABLO. Oh!
Maria, soy muy dichoso.
MARIA. Y yo.
AMPARO. Y yo.
MAN. Y yo.
INÉS. Y yo.
MIGUEL. Á mí tan solo me falta
pasar el trance peor.
(Se adelanta y dice al público.)
Ya han observado ustedes
lo que le pasa
al que cual yo recibe

gente en su casa,
gasta el dinero,
y pierde la paciencia...
y hasta el sombrerol

Yo, cesante y tronado,
paso las horas
pagando los caprichos
de estas señoras.
Como estas truchas,
en el mundo, señores,
suele haber muchas!

¡Triste aquel cuya esposa
diere en la gracia
de tener pretensiones
de aristocracia!
¡Ojo, cesantes!
declarad prohibidos
los tés *danzantes*!

Un lio aqui se ha armado
que... vaya un lio!
Cualquiera dirá al verme
¡valiente tio!
Yo era el huey suelto,
y hoy me dan apabullos
de cuello vuelto.

Señores y señoras
los que han oido
mis penas, y con ellas
se han divertido,
tengan cuidado,
que está Madrid en esto
muy atrasado.

Las niñas casaderas
de quince abriles,
del jardin de la corte
palmas gentiles,
tengan amores

sin buscar mas adornos
que sus primores.

Que esto de las modistas
y los encajes,
y los mil perifollos
de sus mil trajes,
cuesta un sentido,
y el amor... va *vendado*
no va *vestido*.

Fuera de vuestras casas
id á los bailes,
que al cabo los muchachos
no han de ser frailes,
pero... no es chanza,
huid de las TERTULIAS
DE CONFIANZA.

FIN DE LA COMEDIA.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 25 de Diciembre de 1865.

El censor de teatros.

NARCISO S. SERRA.

VENTA EN MADRID.

LIBRERIA DE LA VIUDA E HIJOS DE D. JOSÉ CUESTA,
CARRETAS , 9.

SRES. MOYA Y PLAZA, CARRETAS, 8.

DON ALFONSO DURAN, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, 8.

EN PROVINCIAS.

EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.